

*Blois, 11 de febrero de 1955, 4.10 a.m.*

—Yo, Denise Laffont, nacida en Blois el 3 de julio de 1935, hija de Marie Lavoisier y de Pierre Laffont, fallecido; residente en Rennes, secretaria de profesión y empleada en el Instituto Nacional de Estadística de París, en presencia del juez de Instrucción Criminal, monsieur Antoine Bauer, confieso:

»Que en la tarde del 1 de octubre de 1954 arrojé al Canal Ille Rance a mi hija Claudine, de dos años de edad y padre desconocido. Al ver cómo se debatía entre las aguas me giré para no verla morir. Pasados algunos minutos, cuando volví la vista hacia el canal, divisé a un hombre valeroso que se había arrojado al agua para intentar salvarla...

La campiña francesa es casi invisible a causa de la niebla y las sombras de la madrugada, que impiden ver la luna y, si es que están presentes, las estrellas. Aciaga por partida doble, porque Denise está declarando en la prefectura de policía desde hace ya tres días con sus correspondientes noches.

El silencio y la paz sublime de la vigilia que preceden el alba se hacen añicos y Pascal lanza su canto estridente para recordarle al dueño de la luz su obligación cotidiana: ha de encender las teas de una nueva jornada. Quizás ignore que el sol va al encuentro de cada cosa, ya sea viva o inanimada, que puebla este planeta sin necesidad de recordatorios. O tal vez no, y el gallo canta su sonoro homenaje a todos aquellos que ponen sus anhelos y esperanzas en el nuevo amanecer.

Tres cuartos de hora más tarde del canto de Pascal, el astro solar se lanza a derramar su paleta de tímidos colores, la misma que sugiere aun a los impíos que es ése el momento y el modo en que la divinidad se hace presente.

La bruma comienza a batirse en retirada y deja ver poco a poco la apacible campiña —apacible en apariencia—, donde cada habitante arde en su propio infierno...

*París, 1931*

Dos niños pequeños jugaban en el jardín del Castillo de Sceaux, en el barrio de Bourg-la-Reine. Ambos eran vecinos: uno de ellos vivía en una antigua mansión enfrente del parque que rodea el recinto, propiedad del general Hippolyte Lavoise. Hablaban en voz baja y era evidente que compartían secretos.

—¿De verdad lo tienes, André? —preguntó Gastón.

El hijo del general asintió con gesto grave.

—¿Y dónde lo has puesto?

—Acabo de cambiarlo a una caja de zapatos con unos trapillos. Más tarde lo saco al jardín y como es muy pequeño, le elijo la hierba más fresca y se la pongo cerca de la boca.

—¿Qué nombre le has dado?

—*Philí*.

—No suena mal, aunque me parece un nombre raro para un conejo.

—Como cualquier otro —respondió su propietario dándose importancia.

Conforme pasaron los días, el conejo, muy bien alimentado, ya casi no entraba en la caja. Era un animalito

hermoso, con ojos rosados y hocico suave. Cuando todos dormían, André lo sacaba con cuidado de la casita de cartón y lo trasladaba a su cama. Pasaba las noches abrazado a él, como si entre ambos existiesen vínculos de sangre.

El amor paterno que a André le había sido negado lo volcaba en ese ser indefenso que no tenía a nadie más en el mundo.

—¿Y a ti no te avergüenza ser hijo natural? —le preguntaba Gastón alguna vez, con la crueldad de los niños que aún ignoran los artificios sociales.

Esos días André permanecía callado, mirando el suelo, mientras su amigo insistía casi con saña:

—¿Lo sabes?, ¿que tu padre no está casado con tu madre y que tiene otra esposa con dos hijos mayores?

Y como el otro se enrocaba en el silencio, cerraba la charla:

—No está casado, y en mi casa dicen que eso es inmoral. Pero yo te quiero a pesar de eso.

Durante un período, André dejó de frecuentar a Gastón. No soportaba que lo quisieran «a pesar de». Quería que lo amasen y basta. Sin reservas. Pero al final se rindió: aquél era el único amigo que tenía y en tales casos no se puede hilar demasiado fino.

En ese entonces, la única razón de la vida de André era *Philí*. Había entre ambos un entendimiento total: el muchacho le arrojaba palitos y el conejo se los devolvía como si fuese un perro. Llegó incluso a rogar a su madre que le confeccionase una bolsa para llevarlo al colegio y, después de mucho insistir, ésta se la hizo con un retal y una pieza de cartón en el fondo, para que no se doblase y que el animalito viajara más cómodo.

—Que no te lo vean, porque eso puede traer proble-

mas —le advirtió la mujer al tiempo que se la entregaba—: Y ni se te ocurra sacarlo del morral.

André obedeció hasta cierto punto: metía el saco debajo del pupitre y acariciaba al conejito mientras el maestro hablaba de cosas que a niño y animal les resultaban indiferentes.

Todo cambió un día aciago, cuando el enseñante descubrió lo que André llevaba en la bolsa y le expulsó de la clase. Ante eso, su madre se vio obligada a tomar medidas drásticas: el conejo se quedaría en casa y basta.

El primer día que André acudió a clase sin su amigo *Philí* lo pasó tan inquieto, que bien podrían parecerle semanas lo que en el reloj no fueron sino cuatro horas. Un mal presentimiento había clavado en él sus zarpas, y apenas rozaba el suelo en su carrera de regreso a casa.

Lo primero que hizo al llegar fue buscarlo en la cajita, pero no estaba.

Salió al patio y subió los escalones de ladrillo oscuro mientras lanzaba gritos al aire —«¡*Philí!* ¡*Philí!*!»—, y daba a su voz tanta fuerza que los pulmones quemaban.

Revisó el jardín.

... la higuera.

... el pequeño bosquecillo de cañas.

Nada.

La voz del viejo general se oyó a su espalda.

—Te vas a quedar ronco, muchacho. Ven a cenar. A tu *Philí* se lo habrán llevado los gitanos.

«Los gitanos», pensó aterrado. Temblaba por dentro al sentarse a la mesa. Escrutó los rostros sombríos —incluso a su edad distinguía el engaño— e intuyó en sus dos hermanos risas contenidas. Sólo su madre se mantenía al margen, parecía disgustada.

—Tu *Philí* estaba muy gordo. A lo mejor fue tan tor-

pe como para caerse al pozo —comentó con sorna Alain, el hermano preferido de André.

Alain era arrogante como su padre. Su soberbia nacía en el hecho de ser el editor responsable del *Petit Parisien*, periódico de orientación ultraderechista. Y es posible que realizase allí «trabajos extraordinarios», pues nunca faltaba de nada a la familia.

—No te rías del pequeño —dijo Jean-Michel.

Él era el primogénito. Se había enrolado dos veces: en 1917-1918, cuando la Gran Guerra assolaba Europa y no había espacio para un presente sin armas; y ahora en 1931. Jean-Michel formaba parte del Primer Cuerpo del Ejército, donde estaba «lavando el honor de la familia», mancillado por el nacimiento de André. En el fondo, el pequeño estaba contento de que su medio hermano le hubiese aceptado y de que viniese a casa de su madre a cenar de tanto en tanto, como aquella noche.

«¿Dónde estará? ¿Se habrá perdido, el pobre?», se preguntaba André sin pausa, los pies repicando inquietos contra el suelo, bajo la mesa.

Sirvieron la fuente con la carne humeante y el puré. Le colocaron su plato y él miró el contenido de la bandeja blanca pintada con alelíes color lila: un pequeño cadáver ennegrecido, abierto en dos.

—Se te va a enfriar... —insinuó el padre, mientras los demás alababan una gallina tan tierna.

—¡No! —respondió él, sin levantar los ojos—. No. No. No...

El hombre insistía y él, con la cara bañada por las lágrimas, entre sollozos convulsivos, repetía un grito que parecía nacer de su estómago, de todo su cuerpo, un grito que le ardía en la garganta.

Después de una semana en cama con fiebre, el niño había crecido tres centímetros, demasiado alto para sus seis años. Su mirada había adquirido una luz nueva —una oscuridad nueva, tal vez—, una expresión inquietante. Su familia, consciente o no, acababa de asesinar su inocencia.

En esa época, un descubrimiento sublime alumbró su opaca vida: se trataba de los libros. Qué gozo, cómo cambiaban sus sentimientos, cómo se despertaba su imaginación, no podía dejarlos. Los libros son el regalo más hermoso que un ser humano puede recibir y un vicio imposible de abandonar. Descubrían costumbres distintas, civilizaciones extinguidas, diferentes comportamientos, historias de amor sublime. Sus libros pasaron a ser el alimento cotidiano, el agua que aplaca una sed eterna de conocimientos, estimulaban su curiosidad y le hacían plantearse cientos de preguntas, la mayoría de ellas sin respuesta.

Ansiaba que llegasen las vacaciones para empacharse de lecturas diferentes —autores rusos, franceses...—, allí estaba todo. Viajaba con la imaginación a territorios donde era de día, cuando en Francia caía la noche.

Distintos comportamientos, osadas historias de amor y de sexo. ¡Cielos! Él no conocía a nadie que viviese esas cosas. Su madre vivía en pecado pero jamás la había visto acariciar a su padre y tampoco él a ella.

Le atraía la transgresión de algunos autores, como el marqués de Sade, su favorito. En cuanto creciera, él haría lo mismo que relataba el aristócrata en *Justine*.

A solas en su cuarto, exploraba su cuerpo y descubrió que éste era una caja de sorpresas que escondía un placer inmenso, capaz de obnubilar la mente. Algunos de los textos que le excitaban los leía en secreto, convencido de

que si su padre llegaba a descubrirle, le sería imposible librarse de una soberana paliza.

Eso no sucedió.

El general estaba demasiado ocupado en algo inevitable: intentaba curar el mal que lo devoraba, escapar de la muerte.

Una mañana su madre se levantó muy temprano para preparar dulces y una tarta. Iban a festejar el gran día en que Hippolyte Lavoise cumplía setenta años, aunque no llegaron a hacerlo: la muerte lo visitó en su lecho y al poco, como era costumbre, toda la familia vestía de negro.

André contemplaba a su padre en el cajón. Inmóvil para siempre, vestido de uniforme y con la piel del color de la cera. Quienquiera que mirase —de haber estado allí para hacerlo— habría visto lágrimas en el rostro del chico y es de esperar que las confundiese con el duelo. Sin embargo, el pequeño no sentía nada en particular. Quizás, en todo caso, una inconfesable y lejana alegría.

Y André siguió arrastrando su vida.

Llegó a la adolescencia que había estado emboscada y fue una sorpresa. En ese momento, la existencia pesaba más que nunca y él todavía no lograba hacerse un callo en el alma; aunque estaba en ello.

No había olvidado al único ser que le había querido, aquel que al aceptar su protección fallida le había condenado a un remordimiento eterno.

Existir... Ese transcurrir monótono de jornadas que veían su fin para renacer con la luz del día siguiente, y del que otros seres, queriendo o no, habían desertado. Los ausentes.

Aunque el general había desaparecido, a veces él escu-



chaba su voz dominante llamando a su madre. No tenía muy claros los recuerdos, como si los hubiese arrinconado adrede para que la angustia lo dejase en paz.

Los años pasaban con tal lentitud que André habría jurado que no lo hacían.

*Blois, 11 de febrero de 1955, 8.30 a.m.*

Dos trenzas largas y rubias enmarcan el rostro angelical de Denise Laffont y realzan el azul celeste de unos ojos subrayados por enormes ojeras violetas. Continúa prestando declaración en la comisaría: un auxiliar recoge sus palabras en una máquina de escribir mientras el juez la mira severo, no aparta la vista de ella, que ni siquiera lo advierte.

Denise llega al punto álgido de su confesión. Ha tardado tres días en hacerlo y, como si empezase a hablar en ese instante, repite por segunda vez la fórmula de rigor, lo que demuestra que ha perdido la noción del tiempo y que en su psique ya ha ensayado cientos de veces la confesión de su aberrante crimen:

—Yo, Denise Laffont, nacida en Blois el 3 de julio de 1935, hija de Marie Lavoisier y de Pierre Laffont, fallecido; residente en Rennes, secretaria de profesión y empleada en el Instituto Nacional de Estadística de París, en presencia del juez de Instrucción Criminal, monsieur Antoine Bauer, confieso además:

»Que en la tarde del 3 de noviembre de 1954 asesiné a mi hija Claudine, de dos años de edad y padre desconoci-

do, sosteniéndola por los pies y sumergiéndole la cabeza en un recipiente lleno de agua con lejía. Pasados cinco minutos, cuando el pequeño cuerpo cesó totalmente sus espasmos, lo dejé caer sin vida al fondo del recipiente.

»Después, salí a regar el jardín. Que Dios se apiade de mí.

La mujer no derrama ni una lágrima al describir la muerte de su hija; ni su voz ni su gesto muestran emoción alguna.

A una señal del juez, un gendarme se acerca con un par de grilletes de los que penden dos pesadas bolas de hierro. Se arrodilla hasta los pies de Denise. Le quita los zapatos y las medias. Le coloca los cepos en los tobillos.

Luego se dirige descalza hacia la salida de la comisaría, escoltada por guardias armados que la conducen a su destino final: la prisión del condado.

Va dando pasos diminutos por el peso de los hierros y se estremece al pisar la nieve con los pies desnudos. No es por el frío: acaba de darse cuenta, justo en este momento, de que camina hacia el patíbulo y lo hace con un doble sentimiento de espanto y liberación.